

LITURGIA VIVA Y LITURGIA SOLEMNE

La insistencia del Concilio Vaticano II sobre la participación activa de los fieles en la liturgia ha tenido gran eco y representa uno de los logros más destacados del postconcilio. Hoy, en efecto, los fieles desean intervenir activamente en la liturgia; y decir de una celebración que ha sido participada resulta su mejor encomio.

Pero no es suficiente cualquier tipo de participación. Es preciso recordar que el Vaticano II no sólo insistió en la participación de los fieles sino que recalcó también ciertas características que deben darse en la misma. Y hay que reconocer que no siempre los modos con que el pueblo participa en la liturgia responden al ideal que proyectó el Concilio en este ámbito.

En el contexto de la celebración, y más en concreto en el de la participación activa -como en muchos otros campos- pasados los primeros años del postconcilio, bien pronto, y casi sin que se advirtiera el fenómeno, fue surgiendo un cierto «movimiento de contestación» consistente en el rechazo casi sistemático frente a toda práctica de las épocas anteriores. Lo que se hacía «antes del Concilio» empezó a verse muchas veces como sospecho de «anticonciliar» y, por ello, rechazable.

El fenómeno tuvo especial relieve en lo referente a la participación de los fieles en la celebración. Si hasta entonces la participación se había concebido como algo exclusivamente -o por lo menos primordialmente- espiritual y silencioso, ahora «después del Concilio» debía ser por encima de todo visible y externa. Lo que afirmaba el Vaticano II sobre la participación activa debía

E

D

I

T

O

R

I

A

L

entenderse como llamamiento a que los fieles realizaran en la liturgia acciones comunitarias, externas y bien visibles. Tanto entre los laicos como entre los pastores, empezó a cundir la convicción de que cuantas mas acciones y gestos realizara cada uno de los presentes, cuantas más voces se oyeran y cuanto más numeroso fuera el número de personas que realizaran actos ministeriales visibles tanto más se lograba la participación propugnada por el Concilio.

Concebida de este modo la participación activa, bien pronto surgió el fenómeno de que, mientras algunas celebraciones -calificadas a veces de ejemplarmente «participadas»- quedaron invadidas por un exagerado activismo de acciones externas, cada vez cayó más en el olvido cuanto pudiera referirse a la participación espiritual o interior que había sido el caballo de batalla en la época anterior («seguir la misa» interiormente con el misal era uno de los ideales del movimiento litúrgico). El Sínodo de 1985 advirtió el peligroso desequilibrio con estas palabras: *La participación activa, tan felizmente acrecentada después del Concilio, no consiste sólo en la actividad externa, sino, en primer lugar, en la participación interna y espiritual* (Relatio finalis, Cf. PARDO *Documentación litúrgica postconciliar*, n. 303); pero pensamos que esta voz profética no ha sido particularmente oída.

Una reflexión se impone, pues, que clarifique en qué consiste la verdadera participación de los fieles en la liturgia y cuáles deban ser sus características para que resulte lo más plena y equilibrada posible. En este contexto lo primero que debe quedar claro es que la participación no consiste únicamente en *hacer* sino también en *recibir*. Si se nos permite un ejemplo diríamos que no sólo participan en un banquete los cocineros y camareros sino también - y sobre todo- los comensales. Los ministros, lectores, acólitos son quienes «preparan» o «sirven»; los fieles que escuchan las lecturas, reciben los sacramentos y aclaman al Señor con sus actitudes y cantos son los que de hecho «participan». Evidentemente que también «participan» los servidores -ministros y lectores-; pero estos últimos ni participan más por el hecho de realizar ministerios, ni su participación se debe a los ministerios que ejercen. El grado de participación de los ministros -incluido el propio celebrante- depende más de la intensidad con la que escuchan la Palabra y reciben los sacramentos como y con los demás fieles, que del ejercicio de las diversas funciones. Si hoy se insiste tanto en que los fieles que son capaces de realizar determinadas funciones se brinden a ejercerlas es porque realizar los diversos ministerios representa una ayuda preciosa para que el conjunto de los congregados participe mejor de la celebración.

La citada advertencia del Sínodo de 1985 de que la participación no se limita a acciones externas debe tener sus repercusiones en las maneras de vivir la liturgia. *Participar* no sólo es tomar parte en el canto común de la asamblea sino también escuchar la Palabra divina con atención y espíritu contemplativo; *participar* también es unirse a Jesucristo que, presente en la asamblea por el ministerio del obispo o del presbítero, ora con los fieles y los conduce al Padre. La *participación* será tanto más activa cuanto con mayor espíritu contemplativo se escuchen las lecturas y mayor sea la intensidad con que cada uno de los fieles se una a Cristo a través de las acciones que para hacer posible esta unión realizan los diversos ministros de la liturgia. *Participar* -como lo indica la propia etimología- significa *tomar parte*; y toma ciertamente parte en la celebración quien asume el evangelio proclamado y realizado en y por los signos litúrgicos y con ello ve acrecentada su alegría, su fe y su conversión.

La participación externa o visible, acrecentada felizmente en nuestros días, es sin duda alguna importante. Pero no puede olvidarse que hay otra participación más importante aún. Así lo recordó la Constitución de liturgia en su primera página (Sac. Conc. 1). Es más: la participación externa de un pueblo que canta, que toma actitudes externas comunes, etc. no es un absoluto en sí mismo sino un medio o instrumento -necesario sin duda porque el hombre es espíritu y cuerpo- pero medio en fin de cuentas para que todo el hombre -cuerpo, alma y espíritu, como diría san Pablo- participe en la acción sagrada.

El ejercicio de los diversos ministerios es también importante. Pero lo es *únicamente en vistas a una mayor participación de la asamblea*. Si el lector proclama con más claridad la palabra y si son varios los lectores que se suceden, la asamblea escuchará más agradablemente -la audición será más «atractiva»- y participará más fácilmente del mensaje que Dios le trasmite. La actuación de varios lectores y ministros ayudará también a que la asamblea capte más fácilmente que la celebración es comunitaria, no el acto de un ministro que celebra por su cuenta o se comunica personalmente con su Señor.

Los cantos se sitúan también en esta misma perspectiva -acertadamente se habla del papel *ministerial* de la música-; los textos acompañados de melodías orantes penetran con mayor intensidad que la simple recitación del texto; con el canto el espíritu de los fieles se eleva y ora más y mejor. Lo mismo cabría decir de la melodía de un solista: el Obispo o presbítero que con los brazos simbólicamente extendidos canta con unción la acción de gracias ayuda a que los fieles se unan con mayor intensidad al Señor que, como cabeza del pueblo

congregado, bendice a Dios por sus maravillas. Y lo mismo cabe decir de un buen salmista o del canto común de la asamblea: cuando ésta, por ejemplo, en la noche pascual canta el *Gloria a Dios en el cielo* o el *Aleluya*, el gozo que expresan estos textos penetra sin duda más intensamente en el espíritu que si se limita a un simple y pobre recitado. En todos estos casos tenemos un verdadero servicio *ministerial* de la música.

Insistir en la diferencia que media entre *participación activa y realización de ministerios*, entre *celebración solemne* y *celebración viva* nos parece especialmente urgente en vísperas de Semana Santa. Muchas comunidades no tendrán muchos *medios* (ministros, cantos apropiados) para intensificar vivencia del misterio celebrado, es decir, no podrán pensar en una *celebración solemne*; pero ello no significa que no puedan -deban- aspirar a una *celebración viva y participada*. Basta pensar en las pequeñas parroquias rurales o pequeños monasterios en los que únicamente participan unas pocas personas, frecuentemente ancianas y sin gran posibilidad de ejercer ministerios, comunidades que disponen únicamente de sólo un sacerdote para «servirles» ministerialmente. Estas asambleas están llamadas también a participar activamente en los misterios santos; tienen ciertamente pocos medios celebrativos, la participación puede resultarles más difícil, pero ello no obsta a que puedan participar intensamente en aquellas celebraciones que son «el punto culminante de todo el año litúrgico» (Normas del Año litúrgico, 18; PARDO o.c. 4270). Según las posibilidades de cada comunidad, hay que aspirar a una participación intensa y para ello debe buscarse los mejores instrumentos que tengan a su alcance; cuantos más medios logren más fácil les resultará la participación espiritual. Pero en ningún caso debe confundirse participación plena y medios para lograrla.

En esta línea precisamente ofrecemos en este número de *Liturgia y Espiritualidad* un instrumento especialmente interesante cuyo uso podrá servir para acrecentar la participación activa en algunos Monasterios pobres en otros medios. Quizá los pequeños Monasterios no tendrán ministros, posiblemente les faltará un coro nutrido... pero si la comunidad tiene aunque sólo sea una buena cantora capaz de entonar con unción y arte las lamentaciones del Oficio de lectura (tal como las ha propuesto la Congregación del Culto Divino y para las cuales D. Cols presenta unas sugerentes melodías que es para lo que es suficiente una buena cantora) en ello tendrán un medio o instrumento eficaz que les ayudará a participar contemplativamente y con intensidad del

misterio de Cristo en su lucha contra el mal, lucha figurada proféticamente en el canto de las mismas.

Es en este mismo contexto que para estas comunidades pobres de medios se acaba de publicar (en castellano y en catalán) un libro orientativo y práctico a la vez: *Celebrar la Semana Santa en las pequeñas comunidades* (Edit. Regina). Un instrumento que ayudará a celebrar con mayor intensidad los misterios culminantes del año litúrgico incluso en el caso de escasez de medios (pequeñas parroquias rurales, pequeños monasterios sobre todo femeninos). Un libro que ayudará prácticamente a que no se confunda liturgia viva y liturgia *solemne*.

P. F.